

Trasplantando nuestras raíces

Voces y memorias de los niños y las niñas de Kuchumatán, Quintana Roo, sobre la guerra en Guatemala

Violeta Yurikko Medina Trinidad

En el presente artículo se analizan los imaginarios de los niños, hijos y nietos de quienes vivieron la guerra en Guatemala (1960-1996), que ahora se encuentran en dos contextos diferentes (México-Guatemala). Debido a lo complejo del conflicto armado, no es posible decir que hay unicidad en el recuerdo; las distintas experiencias conforman una *memoria dividida*. No obstante, durante el trabajo de campo, al pedir a los niños que dibujaran sus saberes sobre la guerra, han surgido diversos relatos, que nos dan cuenta de que la casa y la oralidad se mantienen como vehículos privilegiados de la memoria y la resistencia.

Palabras clave: infancia, imaginarios, violencia, memoria colectiva, conflicto armado.

TRANSPLANTING OUR ROOTS. VOICES AND MEMORIES FROM CHILDREN IN KUCHUMATAN, QUINTANA ROO, REGARDING WAR IN GUATEMALA

This article analyses the imaginaries of children and grandchildren of those who lived through the war in Guatemala (1960-1996), now located in two different contexts (México-Guatemala). Due the complexity of the armed conflict, the remembrance is not unique; different experiences conform a *divided memory*. Nevertheless, during fieldwork, when asking the children to draw their knowledge about war, different stories have emerged. These stories give account that house and orality are privileged vehicles of memory and resistance.

Key words: childhood, imaginaries, violence, collective memory, armed conflict.

¡Cómo es posible, mataron a todos los niños, gente inocente en nuestra comunidad! No es tan fácil, como que siento un accidente en nuestro corazón, porque no es tan bueno lo de recordar las cosas, lo que ha pasado, porque viene el dolor otra vez, en mí, en mi corazón. ¿Cómo es posible? Un nuestro gobierno son papá de nosotros, y ¿qué hace? mata a su hijo, no investigan si es culpable, al hijo, a la hija lo matan, a todos, manda su ejército a bombardear a la gente, mientras que ellos no son culpables.

MIGUEL GASPAR (julio de 2014)

NIÑOS Y NIÑAS COMO SUJETOS HISTÓRICOS

Las dificultades y consecuencias de hacer partícipe a las y los niños en la escritura etnográfica no es cualquier cosa, nos presenta distintos retos (aun hoy en día que es cada vez más frecuente encontrar investigaciones antropológicas que tomen como elemento central la infancia), su lenguaje y forma de entender el mundo es en principio distinta a la del adulto, pero además, también a la del antropólogo. El acercamiento a la infancia plantea dificultades metodológicas que no siempre sabemos cómo resolver; recurrir a técnicas y estrategias como el juego y el dibujo nos presentan nuevas problemáticas en torno a su “interpretación”, por ello es necesario considerarlos como *dispositivos para el diálogo*.¹ En lo que respecta a este artículo, niñas y niños son considerados como sujetos históricos, capaces de producir y reproducir experiencias y sentidos colectivos. El trabajo se ha construido principalmente a partir de la narrativa surgida de sus propios dibujos, mismos que no constituyen documentos prestos a interpretar o dar cuenta del pensar de los niños, si no que son en todo caso un pretexto para interactuar con ellos, ya que ahí encuentran una vía para expresarse, es por ello necesario siempre ponerlos dentro del contexto de la etnografía.

El trabajo con los niños demanda una presencia y una entrega constante, con ellos no valen credenciales o grados, sino tu capacidad de dar algo a cambio o al menos ser objeto de burlas y retos, pero cuando logras formar parte de la “pandilla” la información empezará a fluir, desde los chismes más oscuros hasta aspectos clave de la organización.

¹ Agradezco las aportaciones a esta reflexión a la doctora Patricia Medina Melgarejo.

Niños y niñas, en efecto, forman parte de un complejo entramado sociocultural. Particularmente en contextos rurales e indígenas sus actividades cotidianas están íntimamente ligadas a la vida comunitaria, convirtiéndolos en vehículos, reproductores y actores sociales, quienes incorporan la novedad a una larga tradición indígena.

Las investigaciones sobre la participación de los niños en contextos de violencia y resistencia se hacen cada día más presentes y necesarias, debido a que los niños son, en gran medida por su condición de vulnerabilidad física, las principales víctimas de un sistema capitalista neoliberal, en el que proliferan las desigualdades económicas y políticas históricamente arraigadas. En dichos contextos de violencia, niños y niñas desempeñan un papel activo, y no sólo deben considerarse como víctimas. Escuchaba en el marco del “Festival Nacional de Lenguas y Culturas Vivas en Resistencia, ENAH 2015”, hablar a una de las integrantes del comité de lucha del pueblo Ñatoo de Xochicuautla, Estado de México: “[...] nosotras como mujeres somos importantes en la lucha por nuestro territorio, organizamos y preparamos la comida, cuando vienen los granaderos nosotras agarramos a nuestros niños y nos vamos a hacerles frente, sí nos da miedo pero tenemos que luchar”. Sin darse cuenta (o tal vez sí), esta mujer contribuye de la manera más significativa a la lucha, en la manifestación y reclamo de sus derechos educa y genera conciencia, crea y transmite memoria de lo que el territorio significa para su ser y hacer como indígena, la resistencia ante el despojo del territorio se vuelve vital debido a que éste constituye un medio a partir del cual se articula la vida de los pueblos y les da sentido, pero es en la palabra y el hacer en donde podemos encontrar los vehículos más importantes para dicha transmisión.

A partir del giro de/colonial surge la necesidad de construir y comprender narrativas de distintos orden (Medina y Da Costa, 2016:297), entre éstas se encuentran las producidas por los niños y las niñas, mismas que han sido negadas desde la perspectiva del poder, ocultando y menospreciando su capacidad para construir conocimiento y memoria, su capacidad para ubicarse en un plano temporal y reflexionar a partir de dicho lugar, conformándose así como sujetos situados históricamente.

Niños y niñas de Kuchumatán, Quintana Roo, retoman las narraciones (memoria e historia) de los adultos para construir las propias, recordar e imaginar quiénes fueron, quiénes son, quiénes serán. Planteo, así, que el espacio íntimo de la casa se constituye como un lugar donde el habla fluye de manera que revive la experiencia vivida por padres y abuelos, en donde la memoria es un hacer constituido de olvidos y recuerdos, un hacer del habla y del escucha, de los adultos a los niños, pero también entre los propios niños y, por qué no, de los niños a otros adultos, o como en este caso, de los niños a la investigadora: “el testimonio tiene precisamente el efecto de convertir la experiencia del subalterno y su voz en algo que importa” (Berverley, 2010:16).

A partir de lo anterior, expongo el caso de los procesos de transmisión de la memoria y la generación de imaginarios de niños y niñas en dos contextos y territorios diferentes pero que mantienen historias y experiencias en común, ser comunidades indígenas de Guatemala, las cuales han sido marcadas por la *violencia estructural* y la guerra.²

GUATEMALA: VIOLENCIA Y GUERRA

En 1982, tras un largo y doloroso conflicto armado, se ejecutó la operación “tierra arrasada” en donde el ejército, so pretexto de acabar con las bases sociales que supuestamente apoyaban a la guerrilla, masacró comunidades enteras, en su mayoría indígenas, forzando el abandono de sus tierras y posterior desplazamiento a territorio mexicano. Previo y tras la firma de los Acuerdos de Paz, muchos de ellos regresaron a su país, mientras que otros, quienes en ese momento se encontraban en calidad de refugiados, decidieron permanecer en México, estableciéndose en los estados de Chiapas, Campeche y Quintana Roo.

Presento aquí desde la visión de historia oral, un breve recuento del conflicto armado en Guatemala, el éxodo de algunos de sus habitantes y su posterior asentamiento o retorno en México y Guatemala respectivamente, se privilegia la voz de aquellos quienes la vivieron y se deja (para el caso de este artículo) un tanto de lado el contexto histórico desde las fuentes escritas. También se presenta el caso de los niños³ de Centro Uno Belén, Ixcán, hijos y nietos de aquellos que regresaron a sus tierras (Guatemala); por otro lado, el de los niños de Kuchumatán, Quintana Roo, aquellos quienes se quedaron en México, aunque con una identidad colectiva –como ellos mismos se autonomban– de “raza guatemalteca”.

En febrero de 1981 se dio el primer caso masivo de campesinos en busca de refugio. Se trataba de un número de ochenta campesinos, del cual sólo se sabe que fueron regresados y se presume con razón que fueron exterminados por el ejército guatemalteco. Estas ochenta personas provenían de la zona de Ixcán. El único dato que se tiene, es que las mismas ya no regresaron de donde salieron (Zúñiga, 1993:38).

² “[...] la cual se funda en la desigualdad, e impone condiciones de aflicción, física, económica y emocional a quienes la padecen” (Bourgois, 2005:12-13).

³ Como referencia véase Medina (2010).

¿Cuándo llegaron los soldados a matar la gente? ya habían avisado que van a entrar los soldados, dice: “hay que alistar”, y como yo no tenía mi cobija, porque yo tenía una niña, tenía yo una niña chiquita de ocho meses, entonces yo no tenía cobija, entonces me fui para el pueblo, en Cuarto Pueblo, allí había un mercadito. Mi papá y mi mamá fueron a comprar un pabellón porque había mucho sancudo, y dicen ellos que no llegaron hasta el centro, no más escucharon la balacera ellos. Porque dijeron que hasta el día siguiente van a, van a entrar los soldados, pero no, fue en ese día cuando fue la gente a comprar, allí mero en nuestro, nuestro poblado pues, donde, donde vivíamos mataron a ochenta personas, se quedaron de una vez, lo mataron pues, porque ellos fueron (papás y vecinos), fueron a comprar a según, a según para prepararnos ya para salirnos, para refugiarnos a la montaña, entonces fueron a comprar lo que, lo que, lo que van a llevar a la montaña pues, y pero no, allí se quedaron, y pues fue el mero día, ese día salimos nosotros y yo me fui para Cuarto Pueblo para comprar mi cobija, porque allí con nosotros no, no venden eso. Cuando ya de la tarde, como a las tres creo, dos de la tarde creo, cuando yo ya, ya me estaba viniendo para la casa, como ves que en medio pasa el río Ixcán, el río Xalbal, así en medio, entonces ya cuando venía ya estaba, ya estaba un señor que es mi primo, ya estaba él esperándonos, ya nos estaban esperando allá, ¡apúrense! dice, ¡apúrense porque ya están los soldados! dice, nos entramos a la cayuca, eso es la lancha. Cruzamos y llegamos a la casa y ya no hay nada de gente, está silencio, entonces ya mi, ya mi primo nos llevó a donde ya habían llegado allá en la tarde, ¡dios mío! ahora sí que no sacamos ni comida ni nada, nada, entonces, este, y ese día, sí, creo que es para el otro día, porque nosotros no sacamos ni acta ni nada, el otro día cuando regresaron para ver la casa, ¡oh!, ceniza la casa, ya lo quemaron todo, todos los papeleos, las actas, todo, todo se quedaron, por eso nosotros no tenemos acta guatemalteca, nada, nada, se quedó allí, quemado todo, y pues que sufrimiento la verdad, tristeza da cuando se escucha esto (Evelia Méndez, julio de 2014).

Frente a los operativos de *tierra arrasada*, el éxodo de los que lograron escapar de las atrocidades del ejército fue masivo. Se calcula que “[...] el número de desplazados va desde 500 mil hasta millón y medio de personas en el periodo 1981-1982, incluyendo las que se desplazaron internamente y las que se vieron obligadas a buscar refugio en otro país” (CEH, 1999:31). La gente –en su mayoría indígenas monolingües– que buscaba refugio ante las masacres y persecuciones ocurridas en aquel país se establecieron en los límites de Guatemala con el estado de Chiapas, Chajul, Nuevo Ixcán y Puerto Rico fueron los asentamientos más grandes (Freyermuth, 1993:27). En un principio las condiciones eran sumamente adversas y precarias, debido a la insalubridad y el hacinamiento se generaron graves problemas de salud entre la población, desnutrición, enfermedades virales (sarampión, tosferina, resfriados, etcétera) y de la piel.

Cuando entramos en el refugio entramos en Río Azul, con mi esposa, con mis dos familias, mis tres familias, mi papá ya está muerto, nada más mi mamá salió con nosotros. Ahí llegamos, y después salimos de Río Azul porque murieron varias personas, cada día hay 8 muertos, cada día 8 muertos, ahí sí sufrimos. Se enfermó los (mis) niños, se murieron dos, una hembra y un varón se murió de enfermedad, porque no hay comida, no hay nada (Diego Baltazar, julio de 2014).

Las necesidades eran muchas y los recursos escasos, al paso de los años la organización tanto de los refugiados como de las organizaciones de ayuda las fueron mejorando, se capacitó a la gente como promotores de salud y educación, algunos ya tenían experiencia en sus comunidades o lo habían aprendido durante su estancia en la montaña en las Comunidades de Población en Resistencia.

Para 1984 el gobierno mexicano decidió que los refugiados debían ser removidos de Chiapas, los motivos del traslado eran varios, además de las continuas amenazas del ejército y paramilitares guatemaltecos, la tierra en Chiapas era escasa, la recurrente llegada y permanencia de refugiados hacía que la demanda por la misma creciera, sobre todo pensando que la estancia no sería corta y las tierras cultivables no darían abasto; otro de los motivos para que se decidiera reubicarlos se vinculaba con las redes de parentesco que muchos de los guatemaltecos mantenían con los chiapanecos, lo que hacía más factible que las ideas revolucionarias se diseminaran en aquel estado (Aguayo, 1986:268).

“Entre julio y diciembre de 1984, aproximadamente 17 mil guatemaltecos fueron reubicados con mucha precipitación, algunos de ellos bajo coerción. En diciembre de 1985, un pequeño grupo (451 personas) fue reubicado por la fuerza en Quintana Roo” (Aguayo, 1986:268). En total fueron reubicados a cuatro campamentos en Campeche y uno en Quintana Roo (Aguayo *et al.*, 1987:27), Quetzal-Edzná y Maya Tecún (posteriormente fundados), Santo Domingo Kesté y Los Laureles en Campeche; y Los Lirios (posteriormente se fundaron Mayabalam, Kuchumatán y San Isidro la Laguna) en Quintana Roo (Escalante, 2007:27). Mientras que al menos 20 mil refugiados permanecieron en Chiapas.

Nosotros allá en, allá en Chajul quedamos como unos treinta días, cuando treinta familia creo, quedamos allí, porque llegaron a decir que, que hay un lugar en Quintana Roo ya les compró la Naciones Unidas tierra para ustedes, allí van a vivir bien, que porque aquí, aquí porque está cerca la frontera, por eso es de que van a entrar los soldados guatemaltecos a matarlos y luego los mexicanos se van a ir de cola y bueno, un montón de cosas decía, pero como ya ve que nosotros ya teníamos los miedos, pues, pero ya ve la gente empezaron de hablar: “no, ¿pa’ que vamos a ir?, no ves que

sólo nos van a ir a dar vuelta, aquí por, por aquí por ‘la boca del canto’”, no es que allí pasa un ríon dicen ellos, pasa un río y luego ese río, y luego hay una carretera y se da vuelta, y llega a Guatemala, dice la gente. No más nos van a llevar así, nos van a dar la vuelta y nos van a ir a tirar a Guatemala, decía la gente pues, y ese es el temor que nosotros teníamos, y no nos vamos, y no nos vamos, y no nos vamos, y nos hicimos ahora sí que como una manera que, queríamos que marchara juntos, pero no, no pudimos y, y llegó el día pues [...] ya cuando el otro día, cuando vimos ya estábamos rodeados de soldados, pero de México pues, estamos rodeados de soldados, ahora sí que a fuerza de soldá’, de, de, de soldados pues. Nos trajeron. Yo me acuerdo mucho, nosotros estábamos llorando, ¡ay dios! (se ríe). Muchas cosas nos pasó, y luego yo, yo pues, yo no quería venirme, me agarré de un horcón, yo no quería venirme, y ya cuando escucho, cuando llegaron la lancha, como unos veinte lancha llegó, creo, hasta más, creo, llegó para, para sacar a la gente, y llegan los soldados a la puerta de la casa, vámonos dicen, ya están listos, y llega y nos entregaron una bolsa cada quien, de bolsa negra, no sé pa’ qué, yo no lo sé, y todos pues, toda la gente no lo sabe ¿para qué nos sirve? Nadie sabía para qué las bolsas, y pues na’más lo recibimos, y llegando así el, el, en la orilla del río pues, pero ¡que cosas!, ¡que alimento! Estaba listo, y empezaron a repartir, pero como ya ve, nosotros somos como, no sé como le diré, como que ignorante, no, no, no sé qué, qué éramos, porque no conocíamos las salchichas, no conocíamos el jamón, todas esas cosas enlatadas, nosotros no sabíamos nada, y dice una señora: “¡uy!, pa’ qué nos dan esto, esto es, esto, a ver que cosa tendrá allí adentro, y si lo comemos nos vamos a morir”, decía la gente, y cuando arrancamos la lancha, ¡ay! parece que, parece que estamos en un desierto, lloré y lloré. Nadie quería venir aquí, y pero no, no más son cuentos nada más nos metieron cuento, quién sabe, quién sabe dónde llegó el cuento pero, pero nos metieron miedo a nosotros, y cuando nos dieron esas salchichas, esa, esa cosa pues no lo comimos, porque todos decían que tiene veneno adentro, bueno un montón de cosas, pero de brutos como dicen, no como ahora, hasta mira qué tan caro está y, que nosotros comprando, ese día se aprovecharon los pescados, lo tiramos en el río, fíjese usted que, que ignorante éramos antes, y no, nos venimos, nos venimos, nos dieron jugo, nos dieron cajas de refresco, cuando ya venimos aquí por un lugar que le dicen “Pico de oro”, y llegamos allí y entonces, allí llegó la lancha, cuando llegamos por Pico de oro, pero por fila estaban los autobuses, ¡ay no!, decía yo, ¡dios mío! decía yo, y me pongo a llorar, como en esos tiempos pues yo ya no tenía mi hijo, estaba yo sola, ¡dios! le digo, mi hija, se quedó mi niña, ¡dios mío! dije, estoy llore y llore y ¿dónde vamos a ir ahora?, ¿dónde nos van a ir a dejar? decía yo en mí, y nos subimos en el autobús, bajando de la lancha y en el autobús, y en el autobús estaba, ya estaba, este, colocado los alimentos encima de la silla, el que se siente allí lo va a agarrar y lo va a comer, aja, y ¡que cositas nos dieron a comer! Y llegamos a Palenque tuvimos cuatro días allí en una casona quién sabe dónde, pero, éramos como unos veinte autobuses creo o hasta más, mucho autobús y llegó a recogerlos (Evelia Méndez, julio de 2014).

Si bien de manera escueta se ha descrito lo difícil que fue la salida de Guatemala, su llegada a Chiapas y su posterior traslado a Quintana Roo, no se ha abordado a cabalidad lo que este traslado significó para la gente, víctimas de los soldados de su país tuvieron que enfrentar de nueva cuenta que los soldados (aunque en este caso mexicanos) los llevaran por la fuerza, incluso ante la resistencia de muchos de ellos, se quemaron sus chozas con todo y las pocas pertenencias que tenían hasta ese momento. Por un lado estaba el miedo de que los devolvieran a Guatemala, pero por otro se encontraba la amenaza más evidente y tajante del “abandono” de su territorio, de sus difuntos (como lo comenta doña Evelia respecto a su hija muerta durante su estancia en la montaña), la gente guardaba la esperanza de que en algún momento regresaría a sus casas (o lo que quedaba de ellas), pero ante la distancia geográfica, más aún si se trataba de un lugar desconocido⁴ la esperanza de volver era menor. Es importante recordar que hablamos en general de poblaciones campesinas e indígenas, que si bien ya habían sufrido ciertos desplazamientos como durante la colonización del Ixcán en la década de 1960,⁵ conservaban algunos lazos con la familia y el territorio de sus abuelos, por lo que consideramos al territorio como un marco espacial y simbólico de referencia, el cual puede remitirnos a una cosmovisión (Vérgara, 2013) y nos da, literalmente, un lugar en el mundo, su “lugar”, a pesar de todo se encontraba en Guatemala. Es relevante considerar esto, pues fue en gran parte la razón para que, incluso durante los primeros retornos individuales en condiciones de violencia en Guatemala, la gente decidiera regresar a su país, finalmente para 1994, ya con el retorno masivo, se tuvo que elegir entre regresar o quedarse de manera permanente en México.

LA HISTORIA DE MIS ABUELOS, MI HISTORIA

Es posible decir que la historia previa a 1994 es, de manera general, prácticamente la misma para los pobladores de Centro Uno en Ixcán, como de Kuchumatán en Quintana Roo, en su mayoría llegaron al Ixcán procedentes del departamento de Huehuetenango en busca de mejores condiciones de vida, huyendo de la explotación en las fincas de café y algodón, son también en su mayoría hablantes de mam y q'anjobal, de hecho muchos de los que retornaron a Guatemala también estuvieron

⁴ Chiapas en realidad resultaba un espacio ya conocido, pues muchos iban con frecuencia a trabajar o tenían familiares viviendo ahí.

⁵ Véanse Garts (1993), Diócesis del Quiché (2000), Medina (2010) y Falla (2015).

en Quintana Roo por un tiempo, sin embargo, la decisión de regresar a Guatemala o permanecer en México cambió en gran medida su futuro, aunque también su pasado, o la manera en que éste se recuerda.

Los niños, descendientes de aquellos que vivieron la guerra, imaginan y configurar su memoria a partir de los relatos de sus padres y abuelos, pero también de los relatos de otros niños, y para el caso particular de Kuchumatán, de su territorio y actuales condiciones de vida.

Podemos decir que en Centro Uno prevalece un olvido latente que les ha permitido re-organizarse y recobrar comunidad; lo llamo latente debido a que no es acabado, ni permanente,⁶ sino que se mantiene vivo y susceptible de “morir”, el tema de la guerra no es algo que se hable de manera abierta, por el contrario, aunque presente de modo tangencial, se ha preferido guardar silencio debido a las implicaciones políticas que aún se mantienen, se trata más bien de lo que Fraser (1993) llama un *olvido ideológico*, el olvido de un hecho del cual no se habla entre la gente del lugar, aquello que se encuentra oculto bajo una ideología dominante, un *deber ser* que está más allá de los recuerdos y de la propia experiencia.

Por otro lado, en Kuchumatán es posible hablar de un recuerdo latente que al igual que el olvido se encuentra amenazado con desaparecer, los abuelos hacen referencia constante a su lugar de origen y lo que se padeció durante la guerra, en gran medida porque la distancia (más espacial que temporal) los hace hasta cierto punto inmunes a las implicaciones políticas. Las memorias de la guerra son tomadas en ocasiones por los niños como cuentos fantásticos o exageraciones de los abuelos, sin embargo se tiene la claridad de que han venido de Guatemala huyendo por la guerra, pero que ahora son mexicanos porque aquí se vive “mejor”, no como en Guatemala, donde “hay pura montaña y lodo, sí es bonito porque hay muchos ríos y lagunas, pero se sufre mucho”.

⁶ De hecho, en mi última estancia de campo (junio 2015) me he podido percatar de un cambio importante en la manera que se ha articulado la memoria hasta ahora, debido principalmente, a sucesos de índole nacional como el juicio por genocidio de Ríos Montt, lo que me permite pensar que se ha empezado a gestar un ambiente de postguerra, que conllevará transformaciones importantes en la memoria del conflicto.



Dibujo 1. Cómo es Guatemala
Kuchumatán, 2014
Pablo Sebastián Diego, 12 años, q'anjob'al



Dibujo 2. Cómo es Guatemala
Kuchumatán, 2014
Paulina Cristobal Virbes, 10 años, q'anjob'al

Al preguntar a los niños de Kuchumatán sobre Guatemala, se hace referencia una y otra vez a las dificultades que hay, la imagen de sufrimiento prevalece, aunque también persisten las montañas, aun cuando nunca las hayan visto las imaginan a partir de lo que les han contado, así como de algunos referentes del cine o la televisión. Sin embargo, es en la oralidad, como elemento primordial en los pueblos indígenas, donde se encuentra el mayor sustento de sus imaginarios sobre Guatemala, pero también sobre la guerra.

Debido a lo complejo del conflicto armado, no es posible decir que hay unicidad en el recuerdo, y por lo tanto en el relato; las distintas experiencias conforman una *memoria dividida*; los actores del conflicto al “interpretar” diferentes papeles obtuvieron una perspectiva distinta de los hechos, diversas heridas marcaron sus recuerdos, su identidad y su historia, por eso ahora al recordar y (re)crear los hechos, también se hace de manera diferenciada, se realiza una relectura desde sus condiciones actuales (Medina, 2010).

Durante julio y agosto de 2013 y 2014 realicé, como ejercicio comparativo, algunas actividades con los niños (de 8 a 14 años) de Kuchumatán, Quintana Roo, al igual que lo hice en Guatemala durante estancias intermitentes entre el 2004 y hasta el 2008, les narré historias de niños desaparecidos durante la guerra en Guatemala, les pedí que dibujaran sus impresiones de los mismos, también les pedí que dibujaran o escribieran qué es lo que sabían o les habían contado sus padres y abuelos de aquellos tiempos.

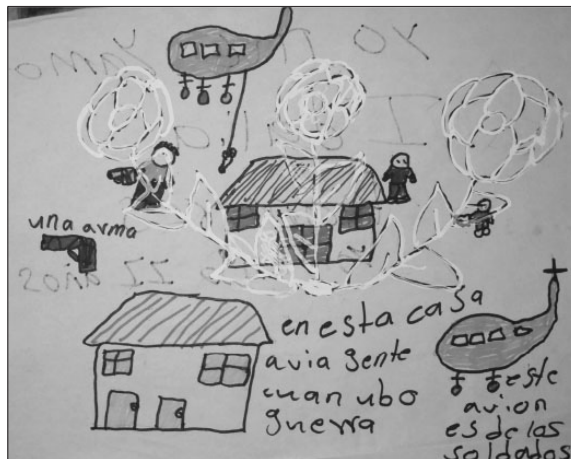
Muy pocos habían estado de visita en Guatemala, aunque encontré dos chicos de 13 y 14 años que de hecho habían venido apenas hace dos años de Chiapas y Guatemala respectivamente.⁷ Al principio el resto de los niños y niñas decían no saber mucho sobre Guatemala, aunque cuando comencé a preguntar de dónde eran sus padres y abuelos,⁸ no les quedó más que reconocer que de Guatemala y que habían llegado

⁷ Existen algunos casos más de gente que ha llegado a Kuchumatán no como refugiados, si no como migrantes indocumentados. También existen casos de quienes durante la década de 1980 llegaron como refugiados, posteriormente retornaron a Guatemala y de nueva cuenta han regresado a México.

⁸ Uno de los aspectos que más me llamó la atención fuera de los niños, es que cuando realicé el ejercicio dentro del ámbito escolar, los profesores y profesoras eran los más sorprendidos de las historias que los niños contaron, aunque supongo que sabían que tenían ascendencia “guatemalteca”, nunca habían reparado en ello, y menos en que provenían de distintos grupos étnicos. Esto en gran parte se debe a que los profesores llegan todos los días provenientes de Chetumal y desconocen por completo las dinámicas de la comunidad, incluso por tratarse de gente con una larga experiencia de lucha y organización los tildan de agresivos y altaneros, en cuanto exigen claridad en la enseñanza de sus hijos. La sorpresa de algunos profesores fue tal, que días después de mi presencia, uno de ellos les pidió como tarea que investigaran entre sus padres y abuelos sobre guerra. En realidad los niños ya sabían mucho sobre eso, quien no tenía idea era el profesor.

ahí huyendo de la guerra. Les narré de manera breve el contexto de la guerra, cuándo había comenzado y porqué. El re-encuentro con historias que habían escuchado durante años fue fascinante, la mirada respecto a los relatos de los abuelos adquirió una legitimidad que no había tenido hasta entonces, y lo que les había parecido “exagerado” obtuvo de improvisto un tinte de testimonio familiar. Aunque el contexto histórico era prácticamente desconocido, los detalles de la vivencia se encontraban sumamente presentes, excepto en un caso excepcional en donde ambos elementos estaban presentes: Crisanto Ordóñez Pedro (padre mam y mamá q’anjobal), un niño de 10 años comenzó a dar datos con tal exactitud que la maestra y los compañeros quedaron sorprendidos, reconocía los años en que la guerra se había recrudecido y que Lucas García y Efraín Ríos Montt eran los responsables de grandes masacres, y de que gente de su familia hubiera muerto y de que él estuviera ahí. Todos escuchábamos con una atención como de quien cuenta una verdad, de quien nos abre una ventana a un mundo tan vívido que es posible verlo y sentirlo.

Posteriormente pedí a todos que dibujaran algo sobre las reflexiones que hicimos y lo que a ellos les habían contado. Al igual que con los dibujos de los niños en Guatemala, encontré dos elementos constantes en casi todos los dibujos: *helicópteros* y *aviones* atacando las aldeas, esto es particularmente relevante cuando al comparar algunos de los dibujos incluidos en el libro *Análisis de la personalidad a través del dibujo de niños guatemaltecos refugiados en México* (CITGUA, 1989), realizado a mediados de la década de 1980 como parte de un taller de salud mental con niños guatemaltecos, se representan los mismos elementos.



Dibujo 3. La guerra en Guatemala. Ixcán, Guatemala, 2005
Idalia Ramírez, 11 años

Dibujo 4. La guerra en Guatemala,
Kuchumatán, 2014
Irma López Bernabé, 13 años, q'anjob'al



Dibujo 5. La guerra en Guatemala
Kuchumatán, 2014
Rebeca Pascual Diego, 11 años, q'anjob'al

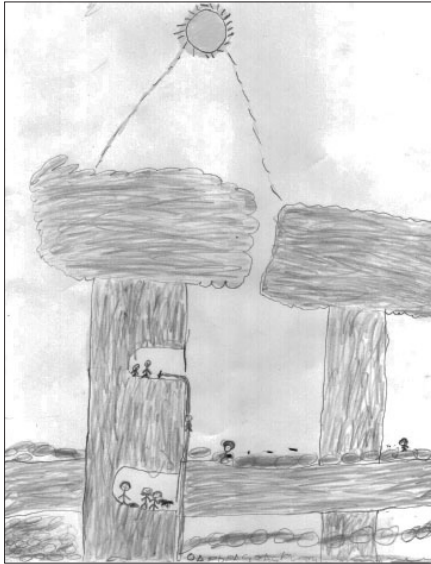
En muchas de las aldeas no estaban familiarizadas con los helicópteros, pero en el Ixcán las avionetas era algo relativamente común, pues las utilizaba la cooperativa para transportar sus productos, aunque la gente no podía imaginar que de ahí “cayera” gente o balas. Así, helicópteros y/o aviones se constituyen como elementos simbólicos a partir de los cuales trabaja el imaginario social de los niños, éstos simbolizan vehículos del terror que traen la muerte, lo externo, lo que no pertenece a su comunidad, es la invasión del soldado.

Aunque prevalecen las similitudes, es posible también encontrar diferencias que, más que con el relato y la memoria de los hechos, se vinculan con un territorio imaginado y no re-conocido. Como ya lo comenté, el cambio de territorio al que estas poblaciones fueron sometidas fue drástico e importante sobre todo en la manera de vincularse con la naturaleza y su entorno, a comparación del Ixcán, las tierras en Quintana Roo son poco provechosas, todo es plano y los recursos hídricos⁹ escasos, las montañas, cerros, ojos de agua y cuevas consideradas como sagradas en la cosmovisión maya quedaron atrás, aunque siguen presentes en el pensamiento mágico y la memoria de los abuelos. No debemos olvidar que dichas poblaciones fueron sometidas a un desplazamiento forzado permanente, que se hayan adaptado a sus nuevas condiciones e incluso que puedan estar contentos, no quiere decir que no haya repercusiones:

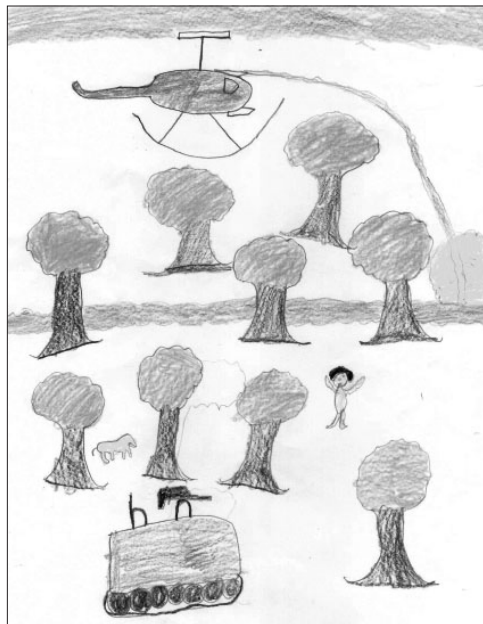
El desplazamiento implica un cambio drástico de las relaciones sociales, de las prácticas y representaciones culturales que, consideradas desde una genealogía del poder, conllevan transformaciones superficiales que con toda certeza los desplazados afrontan y confrontan (Vélez, 2013:169).

Niños y niñas han integrado de manera peculiar su nuevo contexto a las memorias de los abuelos, como Juana Pedro Diego (Dibujo 6), quien ha escuchado cómo mientras huían buscaban refugio en los árboles, aunque claro para ella éstos tienen más forma de edificio que de árbol; o para el mismo Crisanto (Dibujo 7), quien nos ha sorprendido a todos con su relato, pero que al realizar su dibujo, integró en él un tanque de guerra, que para quien conoce el Ixcán sabe que es imposible que un tanque de esas magnitudes logre pasar por las montañas.

⁹ Aunque la Laguna de Bacalar se encuentra más o menos a escasos 45 minutos, ésta no es vista como un recurso propio, sino más bien como un lugar turístico para ir de vez en cuando con la familia.



Dibujo 6. La guerra en Guatemala
Kuchumatán, 2014
Juana Pedro Diego, 11 años, q'anjob'al



Dibujo 7. La guerra en Guatemala
Kuchumatán, 2014.
Crisanto Ordóñez, 10 años, mam-q'anjob'al

Algunos de los detalles narrados por niños y niñas resultan sorprendentes, a pesar de que han pasado 34 años desde que sus abuelos y padres dejaron Guatemala, años en los cuales podemos encontrar al menos tres generaciones, es posible escuchar y observar en la voz y los dibujos de los niños precisiones que sólo quienes vivieron la guerra o lo hayan escuchado de manera directa pueden saberlo; como el dibujo de Adela Juan (Dibujo 8), quien nos narra que ante la presencia inminente de los soldados hubo que dejar todo, “hasta la ropa”, esto resulta significativo para quienes dejaron sus casas y pertenencias, pues implicó que tuvieran la misma ropa durante semanas e incluso meses por no contar con una muda, pero también implicó dejar a los animales y la siembra que estaba por cosecharse, debido a lo mismo no contaban con ningún papel de identificación (cédula, acta de nacimiento, registro de propiedad, etcétera), esto significó una gran pena para todos los desplazados, todo lo acumulado implicaba el trabajo de una vida, es más, una vida en sí, misma que algunos nunca recuperarían.



Dibujo 8. La guerra en Guatemala
Kuchumatán, 2014
Adela Juan Solís, 11 años, k'iche-q'anjob'al

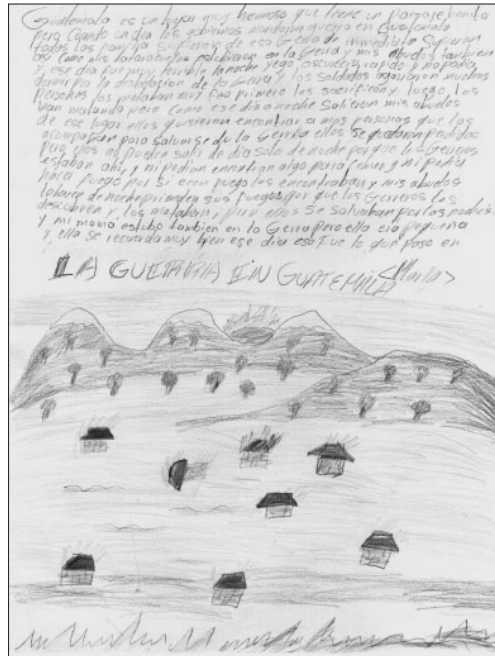
Leonardo Raymundo (Dibujo 9) nos cuenta cómo mataron a toda la familia del cuñado del abuelo, también narra que su papá nació en la montaña, y que mientras estaban ahí se alimentaban de la recolección de frutos encontrados por el camino, estos elementos suelen aparecer una y otra vez en los relatos, pues expresan parte del sufrimiento que la gente vivió durante su estancia en la montaña, escasez de comida y abundancia de enfermedad.



Dibujo 9. La guerra en Guatemala
 Kuchumatán, 2014
 Leonardo Raymundo Choc, 10 años, q'eqchi-q'anjob'al

María Pascual (Dibujo 10) nos cuenta también cómo es que la gente era torturada y asesinada por los soldados:

Cuando los gobiernos mandaron la guerra todas las familias sufrieron de esa guerra [...] como mis tatarabuelos y abuelos. Ese día fue muy terrible, la noche llegó, oscureció rápido y no podía dormir por la desolación de la guerra, los soldados agarraron a muchas personas y las mataban muy feo [...] ellos (los abuelos) salieron de ese lugar [...] No puedes hacer fuego en el día, sólo en la noche porque los guerreros los descubren y los matan [...] Mi mamá estuvo en la guerra pero era pequeña, ella se acuerda muy bien de ese día [sic] (fragmentos del dibujo de María Pascual).



Dibujo 10. La guerra en Guatemala
 Kuchumatán, 2014
 María Pascual Diego, 14 años, q'anjob'al

EL HACER DE LA MEMORIA

Niños y niñas “saben” e imaginan las masacres y asesinatos cometidos en contra de sus padres o abuelos, los desplazamientos, los meses e incluso años padeciendo en la montaña, así como su vida en México y/o su posterior retorno a Guatemala, no fueron ellos quienes lo experimentaron. No obstante, planteo que es posible tener “memoria” de aquello que no se experimentó, una memoria heredada, lo que algunos autores llaman *experiencia histórica*, “[...] aquello que adquiere su forma en un movimiento que abarca simultáneamente un descubrimiento y una recuperación del pasado” (Ankersmit, 2010:25), es decir, se requiere de un proceso reflexivo, en el cual el lenguaje ocupa un lugar preponderante, “[...] sin experiencia no hay conciencia, el paso del lenguaje a la conciencia es, por tanto, necesariamente un desplazamiento en dirección a la experiencia” (Ankersmit, 2010:24).

Propongo que es precisamente a partir del *espacio familiar* y de la *transmisión oral* donde encontramos dos vehículos privilegiados para la memoria: *es en la praxis, en el hacer y habla cotidiana en donde la memoria adquiere su fuerza transformadora*, pues a pesar de las violencias que han padecido y padecen los pueblos mayas de Guatemala, de los silencios estratégicos, existen mecanismos de transmisión que prevalecen, incluso más allá de una conciencia plena. Muchos adultos suponen que niños y niñas no saben nada de la guerra, que no entienden, incluso ellos (los adultos) a veces creen haber olvidado ya lo que pasó, no obstante al platicar con ellos los recuerdos brotan, a veces sólo hace falta aludir a un lugar de su vieja Guatemala para que los recuerdos surjan:

Así con los días yo pienso, ya se me olvidó, pero ahorita platicando con usted no. Es como una cinta que pasa en mi cabeza. Un libro ahí está, se pierde, pero lo que está aquí (adentro de uno) eso no se olvida. Cuando yo me acuerdo de esas mujeres (violadas cerca de Mayalán, Ixcán), mis cabellos se levantan y yo siento cómo estaban temblando (Camilo Pérez, Kuchumatán, Quinta Roo, julio de 2013).

Si bien no es posible considerar los dibujos como un mero reflejo de la realidad vivida por los padres y abuelos, y tal vez ni siquiera como una representación, sí nos permiten entablar un diálogo con niños y niñas, acercarnos a sus imaginarios y preocupaciones. También nos posibilitan dar cuenta de la cercanía que tienen con las memorias y las raíces de los abuelos, raíces que no están perdidas sino que han sido plantadas en una nueva tierra. A pesar de la ausencia de una política clara de recuperación de la memoria o de una estrategia plenamente consciente para la transmisión de ésta, la tradición oral persiste y mantiene los vínculos entre generaciones, pero (para el caso aquí presentado) mantiene viva la memoria de la guerra, que no se queda únicamente en relatos de tiempos pasados, sino que estructura una manera de entender y ubicarse en el mundo como mexicano de “raza guatemalteca”, como quien sobrevivió a terribles y temibles tribulaciones pero que ha resistido y lo seguirá haciendo.

Este breve recuento por la historia y la memoria del conflicto armado en Guatemala (1960-1996) a partir de los testimonios orales de quienes lo vivieron, y los dibujos de sus nietos, ha pretendido dar cuenta que la memoria es algo vivo, el pasado se actualiza a partir de representaciones y símbolos en los que se resaltan principalmente aquellos que se vinculan con la identidad actual del grupo (Baczko, 1991:193), niños y niñas imaginan el pasado, producen conocimiento y memoria, pero principalmente generan visiones de sus condiciones actuales de vida, convirtiéndose así en agentes sociales en la construcción de un futuro compartido.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguayo, Sergio, Hanne Cristensen, Laura O'Dogherty y Stefano Varesse (1986). *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo*, México: el Colegio de México.
- Ankersmit, Frank (2010). *La experiencia histórica sublime*. México: Universidad Iberoamericana.
- Baczko, Brosnialaw (1991). *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Beverly, John (2010). *Testimonio: sobre la política de la verdad*. México: Bonilla Artigas Editores.
- Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH) (1999). *Guatemala memoria del silencio: mandato y procedimiento de trabajo. Causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*. Guatemala: Centro de Memoria Histórica.
- Corona, Yolanda (2008). "La textura infantil de la cultura. La participación de los niños en la vida ceremonial de Tepoztlán". Tesis de doctorado en historia y etnohistoria. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Diócesis del Quiché (2000). *Tierra, guerra y esperanza: "memoria del Ixcán" (1966-1992)*. Guatemala: Diócesis del Quiché, Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI).
- Escalante, Paloma (2007). "Poblados de ex-refugiados guatemaltecos en Campeche y Quinta Roo", *Nuevas Investigaciones Antropológicas ENAH-UAM Regiones y Violencia*, vol. 1. México: INAH-ENAH.
- Fabila, Antonio (2002). "Perspectiva histórica del refugio guatemalteco en México y los retos para su integración", en Kauffer, Edith (comp.). *La integración de los ex refugiados guatemaltecos en México: una experiencia con rostros múltiples*. México: El Colegio de la Frontera Sur.
- Falla, Ricardo (1992). *Masacres de la Selva. Ixcán, Guatemala (1975-1982)*. Guatemala: Editorial Universitaria.
- (2015). *El atardecer de la vida, escritos de Ricardo Falla. Ixcán. El campesino indígena se levanta. Guatemala 1966-1982*. Guatemala: AVANCSO.
- Fraser, Ronald (1993). "Historia oral, historia social, *Historia Social*, vol. 1, núm. 17, México: Instituto Mora.
- Freyermuth, Graciela y Aída Hernández (comps.) (1992). *Una década de refugio en México. Los refugiados guatemaltecos y los derechos humanos*. México: CIESAS.
- Freyermuth, Graciela y Nancy Godfrey (1993). *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia*. México: CIESAS-Chiapas/Instituto de Cultura del Gobierno de Chiapas.
- Garst, Rachel (1993). *Ixcán: colonización, desarrollo y condiciones de retorno*. Guatemala: Consejo de Instituciones de Desarrollo.
- Illescas, Gustavo y Rodrigo Véliz (2013). "Genocidio y militarización: la paradoja de la coyuntura presente, *Enfoque*, año 5, núm. 29, Guatemala.
- Le Bot, Yvon (2006). "Movimientos identitarios y violencia en América Latina", en Gutiérrez M., Daniel (comp.), *Multiculturalismo. Desafíos y perspectivas*. México: Siglo XXI Editores.

- Liga Guatemalteca de Higiene Mental (2009). *A voz en grito. Testimonios de familiares de niños desaparecida durante el conflicto armado interno en Guatemala*. Suecia: Save the Children.
- Medina, Patricia y Lucas da Costa (2016). “Infancia y de/colonialidad: autorías y demandas infantiles como subversiones epistémicas”, *Educação em Foco*, vol. 21, núm. 2, mayo/agosto, Brasil: Universidade Federal de Juiz de Fora, pp. 295-332.
- Medina, Violeta (2010). “Jugando a entendernos: memoria colectiva e imaginarios sociales de la violencia en los niños de Ixcán, Guatemala”. Tesis de licenciatura en antropología social. México: ENAH.
- ODHAG (1998). *Nunca más. Impactos de la violencia*. Guatemala: Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala/Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica REMIH.
- (2006). *Demos a la niñez un futuro de Paz*. Guatemala: Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala/Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica REMIH.
- Ricoeur, Paul (2008). *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sieder, Rachel y Jessica Witchell (2001). “Impulsando las demandas indígenas a través de la ley: Reflexiones sobre el proceso de paz en Guatemala”, en *Los derechos humanos en tierras mayas. Política, representaciones y moralidad*. España: Sociedad Española de Estudios Mayas.
- Urgell, Jordi (2004). “Implementación de los acuerdos de paz en el Ixcán”, en Salvador Martí y Joseph Ma. Sanahuja (eds.), *Etnicidad, autonomía y gobernabilidad en América*. España: Universidad de Salamanca.
- Vélez Torres, Irene (2013). “Desplazamiento y etnicidad: fracasos del multiculturalismo en Colombia”, *Desacatos*, núm. 41, enero-abril, México: CIESAS, pp. 155-173.
- Vergara Figueroa, Abilio (2013). *Etnografía de los lugares. Una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. México: INAH-Navarra.
- Zúñiga García-Falces, Nieves (1989). *Análisis de la personalidad a través del dibujo de niños guatemaltecos refugiados en México*. México: CITGUA.
- (1993). *Informe de un genocidio*. México: Ediciones para la Paz.
- (2004). “Emergencia del movimiento indígena en América Latina: de ‘objeto’ a ‘sujeto’”, en Salvador Martí y Joseph Ma. Sanahuja (eds.), *Etnicidad, autonomía y gobernabilidad en América*. España: Universidad de Salamanca.